

# ENTREVISTA

MAX HORKHEIMER (1895-1973)

SOBRE LA SOCIEDAD DEL FUTURO

Max HORKHEIMER fue —juntamente con Theodor W. ADORNO y Herbert MARCUSE— fundador de la llamada “Escuela de Francfort”, una de las más interesantes corrientes del pensamiento marxista de nuestro siglo, cuyo florecimiento tuvo lugar en la década de los treinta en torno al *Institut für Sozialforschung*, clausurado por los nazis y abierto de nuevo en Francfort en 1951. En su senectud los líderes de la Escuela se han convertido, inopinadamente, en uno de los mitos inspiradores de las juventudes rebeldes de Europa y Norteamérica.

La filosofía de la Escuela de Francfort gira en torno al concepto de “teoría crítica”, que pretende poner al descubierto, desde una óptica materialista e historicista, las contradicciones de la sociedad burguesa, con la intención de contribuir a su transformación. La simultánea presencia del sentido crítico de la verdad y el sentido crítico de la justicia social, ambos igualmente insobornables, presta al pensamiento de la escuela, y muy singularmente al de Horkheimer, una tensión liberadora de contaminaciones ideológicas.

En cierto sentido, la Escuela de Francfort podría ser considerada la “izquierda hegeliana” del siglo veinte, y es, como tal, una filosofía de la ambigüedad. Los marxistas de Francfort comparten con LUKACS la vuelta a la filosofía hegeliana, la exaltación del humanismo y el irracional menosprecio de la ciencia positiva. Pero su conexión con el partido comunista y las organizaciones obreras es sólo platónica. Y el cada vez mayor distanciamiento que experimentan los miembros de la escuela, después de la guerra, con respecto al marxismo ortodoxo, se ve acompañado por la convicción de que el lugar propio de la teoría crítica es la conciencia individual, que es para Horkheimer el indefenso, pero único baluarte contra el colectivismo de todo signo.

Horkheimer falleció el 7 del pasado junio a los 78 años. Días antes había mantenido una entrevista sobre la sociedad del futuro con el semanario alemán DER SPIEGEL (núm. 29 de 1973), que nos ha concedido los derechos de la versión castellana. Es el último testimonio vivo de la mente, lúcida e intempestiva, de Max Horkheimer.

—*Reiteradamente se habla, señor Horkheimer, del fin de la filosofía, ¿Cómo será el mundo que venga después?*

—Mi pronóstico es, a un mismo tiempo, pesimista y optimista. Porque es una y la misma la ruta del progreso que lleva, de un lado, a ofrecer al hombre una existencia más grata y justa, y, de otro, a la extinción de las ideas del espíritu, de la religión y de la filosofía. La ciencia, ciertamente, continúa siendo decisiva, pero no contiene ni un sólo precepto moral.

—*Por “ciencia” entiende usted aquí, presumiblemente, las ciencias naturales.*

—Así es.

—*¿Quiere esto decir que la religión debería ser restaurada?*

—No; ello sería tan imposible como, esencialmente, problemático. La restauración de la religión fundada en dogmas es inconciliable con el progreso de la ciencia y de la técnica. La doctrina de un Dios omnipotente e infinitamente bueno no debiera ser enseñada al modo de una certidumbre, sino más bien despertada en los hombres a la manera de una nostalgia, que pudiese, en definitiva, vincularlos recíprocamente en el sentido del bien.

—*¿Es que la técnica y la ciencia hacen superflua la religión?*

—No sólo la religión, sino el espíritu en general.

—*La religión y la filosofía son productos de las confrontaciones del hombre con la realidad, y por ende, con su alienación. Al pronosticar que la filosofía y la religión nada tendrían ya que decir, sugiere usted, pues, que el hombre futuro vivirá en un estado de total contentamiento, sin espíritu, pero feliz.*

—Yo creo que en la era histórica en que pueda ofrecerse al hombre, ante todo, una existencia segura, desaparecerá el “malestar en la cultura” del que FREUD habló una vez, como también el malestar en la realidad, y ello por la sencilla razón de que los hombres terminarán por habituarse, sin reflexiones de orden general, a las condiciones técnicas necesarias para la seguridad de su vida. La reacción correcta a estas condiciones acabará siendo algo en sí mismo obvio.

—*El hecho de que nuestra juventud se aferre tan ostensiblemente a posturas morales, suscita dudas al respecto. De la “reacción correcta” a las condiciones técnicas no hay, hoy, apenas rastro. Más bien se da, inversamente, la protesta contra las coerciones de la sociedad moderna.*

—Sin duda, hay aquí una cierta contradicción. Pero es claro que todavía no vivimos en la sociedad del futuro. Todavía no hemos logrado que le sea ofrecida a cada hombre una vida decorosa y segura. Sobre todo, y debido a las divisiones existentes entre pueblos y grupos de pueblos, continúa hoy estando vigente la necesidad de armamento. Un país sin armas sería, obviamente, ocupado de inmediato por los más poderosos, que lo subyugarían. Un punto crucial a destacar es que acaso la educación pudiera contribuir, aun en el estadio de transición, cuyo riesgo es máximo, en que hoy nos encontramos, a que se hiciera cuando menos algo para combatir el terror. En todo caso debiéramos procurar que se ayudase a los individuos humanos en la consecución de fines que produjesen satisfacción sin necesidad de que intervinieran las tendencias agresivas.

—*¿Cuáles serían esos fines?*

—Pienso, tal vez, en la solidaridad de grupos humanos, que es hoy muy difícil; pues la mayoría de las llamadas colectividades se caracterizan por rasgos agresivos.

—*¿Por tradición?*

—No ya por tradición, sino porque todavía necesitan pro-

tegerse de colectividades similares. Mientras haya libertad, surgirán, indefectiblemente, tales problemas.

—*Perdón: ¿deberemos tomar nota de que sostiene usted la tesis de que, mientras siga habiendo libertad, las colectividades seguirán siendo agresivas?*

—No quisiera ocultar en ningún caso que, a mi juicio, la marcha de la sociedad se dirige hacia un estadio en el que su futura estructura racional sólo podrá ser obtenida al precio de la desaparición de la libertad del individuo y, también, de lo espiritual.

—*Por una parte, dijo usted antes que el armamento es “todavía” necesario. Pero, por otra, afirmó que la juventud debe procurar la “solidaridad de los grupos humanos”. ¿No hay aquí una contradicción?*

—¡Ciertamente! No obstante, debiéramos considerar ambas afirmaciones a un tiempo. De un lado, existe la presión tecnológica en favor de la paz—debida, por ejemplo, a la potencia global de destrucción de las armas modernas. Pero, de otro, algunos pueblos, y por razones que de momento continúan siendo enteramente legítimas, no quieren abandonar su armamento. Si son débiles, tienen miedo de sus vecinos más poderosos. Y si son fuertes, creen no poder renunciar al problema bélico, persuadidos de que solamente el miedo mantendrá a raya a las otras potencias. Esta desconfianza mutua, no exenta de fundamento, sólo puede ser desmontada poco a poco. Pero el desarrollo del instrumental del futuro mundo administrado en modo alguno ha concluido. Por ello, pienso, continuamos necesitando de la moral, incluso en política exterior. Y me atrevo a creer que aquí en Occidente hemos renunciado con excesiva prontitud al enjuiciamiento moral de la política.

—*¿Qué quiere decir?*

—Confieso, con entera franqueza, que me disgusta ese superafable ceremonial que acompaña a los encuentros entre



hombres de estado que son democráticos y hombres de estado que no lo son.

—*Pero ¿es que podía ser de otro modo?*

—Por supuesto que no ignoro que la política de entendimiento es correcta. Pero una tal política no es, en rigor, otra cosa que la consumación de lo racionalmente necesario. ¿Para qué esa cordialidad? La violencia que caracteriza a la dominación terrorista no debiera ser del todo olvidada. Lo digo, principalmente, porque me temo que tan efusivo ceremonial pueda lesionar los patrones morales de Occidente, en particular la conciencia del pueblo alemán. Los medios de masas informan a placer sobre el amistoso trajinar de tales encuentros entre estadistas, a resultas de lo cual la imagen del valor que pueda tener el sistema democrático y humano de Occidente queda empequeñecida. Lo que va en juego es la moral política de los alemanes.

—*Usted afirma que la moral es “todavía” necesaria. Pero un día será disuelta por el funcionamiento de una humanidad que se ha ajustado, por así decirlo, sin suturas, a su mundo ambiente técnico. ¿En qué se diferencia la sociedad del futuro de las concepciones totalitarias, por ejemplo, de la del nacionalsocialismo?*

—El fascismo y las formas terroristas de la izquierda fueron y son el violento anticipo de la sociedad universalmente administrada.

—*¿Qué entiende usted por izquierda terrorista? ¿El estalinismo?*

—Sí, pero también, aunque no tan decisivamente, el fascismo y el comunismo modernos, en general. La invasión de Checoeslovaquia fue, sin duda alguna, terrorista.

—*Pero es evidente que hay diferencias entre el mundo administrado que usted vaticina y el régimen de Hitler o el de Stalin. En definitiva, sería contradictorio con la con-*

*cepción que usted se ha trazado de una sociedad que funciona prácticamente sin conflictos, el que millones de hombres fuesen asesinados por ella.*

—El nacionalsocialismo no llegó a alcanzar el nivel de un funcionamiento sin fricciones, porque los instrumentos para el dominio de la naturaleza no habían sido aún perfeccionados. Por ello esa administración hubo de significar coacción y terror. Pero, en principio, el nacionalsocialismo había proyectado ya lo que podemos llamar la sociedad plenamente automatizada —una sociedad sin moral, sin espíritu.

*—¿Puede usted imaginar una sociedad sin espíritu, sin religión y sin filosofía?*

—El espíritu es una manifestación transitoria. Pertenece a la época infantil de la humanidad, lo que no le impide convertirse en relativos, y no infrecuentemente, los realistas pronósticos de los expertos. En todo caso podemos esperar que la humanidad futura conserve algo de religión y de filosofía —a la manera como el hombre que es realmente maduro conserva un trozo de su infancia.

*— El niño es, también, portador de esperanza: he aquí un pensamiento cristiano.*

—Así es.

*—¿Se ofendería si dijéramos que hay algo de infantil en usted y en su filosofía?*

—En modo alguno. Al contrario.

*—¿Aceptaría usted como válida la hipótesis de que el poder de atracción que ejerce su filosofía sobre los jóvenes guarda relación con este elemento de, digamos, ingenuidad?*

—Posiblemente.

—*Se nos antoja que su filosofía presenta una fisura. Por una parte proyecta usted la imagen de un mundo ciertamente justo, pero sin espíritu, de un mundo ciertamente organizado con científica perfección, pero sin vida. Y sin embargo expresa usted, por otra parte, la esperanza de que pueda haber un contrapeso con respecto a ese mundo de hierro y de acero, de tecnología y burocracia. Este contrapeso pudiera consistir, afirmaba usted, en que el hombre futuro conserve “un trozo de su infancia”. ¿No es del todo incongruente poner en un platillo de la balanza la ciencia, la técnica, la regulación total, y en el otro algo que es tan leve como una pluma o un soplo: lo infantil del hombre?*

—*Al hablar del trozo de infancia a conservar en un futuro ulterior, pienso cabalmente en aquellos rasgos de la edad juvenil de la humanidad en la que todavía juegan su papel necesario ingredientes tales como la fantasía, el espíritu, la cultura; que fueron precisamente el presupuesto de la técnica y de la sociedad totalmente administrada. En la conservación de aquella libertad anímica, sin detener el progreso técnico, veo yo una de las más importantes tareas humanas del presente —pese a todas las graves perspectivas del futuro.*

—*Es evidente que le resulta difícil definir lo que acaba de llamar “un trozo de infancia”. Algo similar nos pareció advertir también antes, cuando usted trató de decirnos qué es lo que le disgusta de los “superafables” hombres de estado. Pero ¿no es ingenuo —y por tanto, “infantil”— adjudicar tan enorme significado moral a la protocolaria expresión del semblante de los políticos? Ahora bien, ellos lo hacen porque —como usted decía— se preocupan por la moral de los seres humanos. Pero: ¿cuál es el contenido de esta moral? ¿Dónde están sus medidas? O para expresarlo de otra manera: ¿cómo ha de nombrarse al “bien” que nos prohíbe un gesto amistoso en los encuentros políticos, a pesar de que éstos sean necesarios para asegurar la paz, y por tanto, la supervivencia del hombre?*

—*Ingenuo e infantil no son conceptos idénticos. Ni la ingenuidad significa pureza de corazón, ni la infancia es incon-*



dicionalmente estúpida. Se trata aquí de matices, de sutilísimas diferencias. Al emitir palabras de crítica sobre los gestos amistosos de ciertos encuentros políticos, pienso en la oposición entre cordialidad ceremonial y cordialidad real, y abrigo la, tal vez inmoderada, esperanza de que debiera poder atisbarse una diferencia entre el apretón de manos de un estadista amigo del hombre y el de aquel que participa de un poder cuya carrera está signada por crímenes. Tal vez espero demasiado, pero pienso que esa diferencia pudiera ser sentida, consciente o semiconscientemente, por no pocos hombres.

—*El “bien” no tiene nombre. Fabricarse una imagen de Dios no es conveniente, porque esa imagen se convierte en fetiche y, consecuentemente, en pseudo-legitimación de la violencia. La juventud actual, sin embargo, tiene muchos nombres para el “bien”: “ausencia de dominio”, “superación del sistema”, “sociedad sin clases”, “existencia satisfecha”, etc., etc. ¿Es esto lo que le separa a usted hoy del movimiento juvenil?*

—El bien no es cosa que pueda definirse así como así. Lo que me separa de la juventud paréceme, por de pronto, ser más la distancia espacial que el contenido de las convicciones. La principal dificultad reside, probablemente, en que la propensión hacia lo colectivo opone graves obstáculos a la puesta en marcha de una discusión real, si es que, en el fondo, la permite. A mi parecer, tanto los jóvenes como los adultos propenden más a la búsqueda de seguidores que a la búsqueda de la verdad.

—*Gracias, señor Horkheimer, por esta entrevista.*

Traducción del alemán por MANUEL GARRIDO.